

Las prendas del engaño: la ropa y la desnudez en *El Conde Lucanor*

María Eugenia Medina Olaechea

Estudiante de grado, UBA

mareumo@hotmail.com

Resumen

En un análisis de los ejemplos I, XXXII y LI del *Libro del Conde Lucanor* se observa el papel que desempeñan la vestimenta y los desnudos en el desarrollo exitoso de un engaño. Las ropas y su ausencia, como elementos susceptibles de lectura, son funcionales a la creación de las ficciones que contienen estos apólogos. Cada uno presenta una forma diferente de engaño que amenaza o favorece a un rey, dando lugar a que demuestre el tipo de hombre y de lector de la realidad que es. Sustentados en la fuerza simbólica de la vestimenta, estos ejemplos funcionan en última instancia resaltando la importancia de que un rey sea sensato y bien aconsejado, y contribuyen con el trabajo de auto-legitimación como consejero real que realiza don Juan Manuel a través de su obra.

Abstract

In a review of the *exemplos* I, XXXII and LI of the *Libro del Conde Lucanor* we can observe the role of clothing and naked in the successful development of a deceive. The clothes and its absence, as elements that could be read, are functional to the creation of the fictions that contain these *apólogos*. Each one presents a different way of deceive that threatens or encourages a king, allowing him to demonstrate the kind of man and reader of the reality that he is. Supported by the symbolic power of dress, these *exemplos* work highlighting the importance for a king to be wise and well advised. They also contribute to the work of self-legitimation as royal councilor that don Juan Manuel performs through his work.

Los ejemplos I, XXXII y LI del *Libro del Conde Lucanor* pueden relacionarse, entre otras cosas, a partir de la importancia que tiene la ropa en los apólogos contenidos en cada uno de ellos. La ausencia de ropa en el ejemplo XXXII y las características de las prendas descritas en los ejemplos I y LI se introducen como elementos de un engaño cuya víctima principal es un rey. Valdría preguntar por qué aparece este elemento, si cumple una función específica para el éxito de los engaños o bien se relaciona con algún otro aspecto de los ejemplos.

Según el *Diccionario de Autoridades*, engañar consiste en “inducir à otro à creer y tener por cierto lo que no es, valiéndose de palabras ù de obras aparentes y fingidas”. En los ejemplos analizados se presentan diferentes situaciones de engaño, cuya finalidad varía desde una trampa hasta dar una lección o probar a alguien. El tipo de engañador en cada caso guarda correspondencia con la finalidad buscada, de modo que los que tienden trampas son burladores, el que prueba es un consejero (o un rey, pero siguiendo las instrucciones de sus consejeros) y el que alecciona es Dios, el sabio por excelencia.

De lo que contesció a un rey con los burladores que fizieron el paño

La finalidad del engaño en el ejemplo XXXII es hacer que el rey entregue dinero en forma de oro, plata y seda sin brindarle ningún servicio a cambio. Para ello, se le hace creer la existencia de un paño de características tales que sólo podría ser visto por aquellos que fueran realmente hijos de aquél quien dicen que es su padre. Esta supuesta propiedad atrae al rey, quien decide hacer fabricar el paño para poder discernir quiénes son hijos ilegítimos y apropiarse de sus bienes. Al descubrir que él mismo no puede ver el paño, su temor a ser considerado hijo ilegítimo le impide percibir que se trata de un engaño, por lo que cae en la trampa.¹

La ropa, en su ausencia, aparece cubriendo la mayor vergüenza del rey y sus súbditos, que no se encuentra en el desnudo sino en el desprestigio social. Al momento de lucir el nuevo paño, el rey ni siquiera titubea ante la posibilidad del desnudo: “et assí lo fizieron fasta que el rey tovo que era vestido, ca él non se atrevía a dezir que él non veía el paño. Et desde que fue vestido tan bien como avedes oído, cavalgó para andar por la villa” (p.250)². Su creencia en la existencia del paño queda en apariencia confirmada por las declaraciones de los camareros, antes de ir a ver él mismo el paño, y del alguazil y su privado después. Los personajes engañados ni siquiera se cuestionan que pueda existir un paño que revele las cualidades de quien se viste con él, este hecho se presenta como completamente verosímil dentro de la historia. Cuando el rey sale no se devela la sospecha de que el paño no exista, la preocupación por evitar la propia vergüenza hace que el desnudo sea deliberadamente ocultado por quienes lo observan:

Et desde que las gentes lo vieron assí venir et sabían que el que non veía aquel paño que non era fijo daquel padre que cuidava, cuidava cada uno que los otros lo veían et que pues él non lo veía, que si lo dixiesse, que sería perdido et desonrado. (250)

De esta manera todos entran en el engaño y se convierten a su vez en engañadores al esconder al rey que no ven el traje, hasta que la situación se resuelve cuando el negro se atreve a declarar “que yo só ciego o vós desnuyo ides” (250). Al no tener miedo a la pérdida de prestigio social puede decir lo que ve, revelando ese saber oculto y desenmascarando el engaño, pero los burladores ya habían logrado su cometido y huido.

En este apólogo la ropa es, entonces, un elemento que puede funcionar como indicio del status de quien la viste. La prenda no existe, pero podría tener esa cualidad “mágica” si existiera, por lo que los burladores pueden fundar en ella su engaño.

De lo que contesció a un rey christiano que era muy poderoso et muy soberbioso

En el ejemplo LI, a diferencia del anterior, el engaño no está orientado a burlar al rey sino a castigarlo por sus pecados y a la vez conducirlo al arrepentimiento que le permitiría salvar su alma. En otras palabras, se trata de darle una lección. Por esto mismo, quien lo ejecuta no es un grupo de burladores sino Dios mismo, quien tiene con mayor legitimidad la capacidad de dar o quitar el poder a un rey. El engaño se desarrolla en cierto momento en que el rey acude al baño, entonces un ángel enviado por Dios toma su lugar, de modo que sus acompañantes se retiran con él. Al rey le quedan solo

¹ Terracini señala que este “doble resorte” hace funcionar al engaño al despertar a la vez deseo y miedo (a la vergüenza) en el engañado principal (Terracini 1991: 173).

² Las citas siguen la edición de María Jesús Zamora (2004). En adelante se indicará el número de página.

unas ropas viejas y destrozadas para vestirse e intentar retornar a su casa. En este caso los que caen en el engaño son los súbditos del rey, que no lo reconocen y piensan que es solamente un loco que se cree rey. Pero esto no perjudica a los súbditos, la verdadera víctima es el rey, ya que sufre las consecuencias sin comprender, al menos al comienzo, lo que estaba ocurriendo, llegando incluso a dudar de su verdadera identidad.

El objetivo del engaño se alcanza cuando el rey, por voluntad de Dios “que siempre quiere pro de los pecadores et los acarrea a la manera como se pueden salvar” (342), comprende que está siendo castigado y pide perdón por los pecados cometidos, lamentándose de los mismos al punto de olvidar el reino perdido:

Et, por ende, nunca al fazía sinon llorar et matarse et pedir merced a nuestro señor Dios quel’ perdonasse sus pecados et quel’ oviessse merced al alma. Et tan grant dolor avía de sus pecados, que solamente nunca se acordó nin puso en su talante de pedir merced a nuestro señor Dios quel’ tornasse en su regno nin en su onra; ca todo esto preciava él nada, et non cobdiciava otra cosa sinon aver perdón de sus pecados et poder salvar el alma. (342)

Finalmente, el engaño se resuelve cuando el rey confiesa al ángel el arrepentimiento de sus pecados: “la mi entención et la mi crencia es que yo fuy rey desta tierra et perdí el regno et la gracia de Dios con grand derecho por mios pecados; et, señaladamente, por la grand soberbia et grand orgullo que en mí avía” (345). Entonces se le restituye su verdadero status y se da a conocer lo acontecido por boca del rey mismo: “Et desque fueron todos ayuntados, el rey predicó et contó todo el pleito como passara” (346-347).

Aquí la importancia de la vestimenta es menos evidente, ya que sólo se hace referencia a ella en la escena del intercambio, cuando el ángel

tomó la semejança del rey et salió del vaño et vistióse los paños del rey et fuéronse todos con él para`l alcáçar. Et dexó a la puerta del vaño unos pañizuelos muy biles et muy rotos, como destos pobrezuelos que piden a las puertas. (339)

Nuevamente la vestimenta aparece señalando el status, en este caso la realeza de quien la lleva. El ángel puede ser tomado por rey no sólo por su semejanza con él sino por llevar sus ropas, y por la ausencia de ellas el rey no es reconocido como tal. También está en juego la vergüenza, pero la ropa ya no la oculta sino que la produce: “et díxol’ quel’ avriessse la puerta et le metiessse en su casa muy encubiertamente, por que non entendiesse ninguno que tan envergonçadamente vinía” (340). De este modo se exterioriza la vergüenza que debería sentir el rey interiormente por su desmedida soberbia. La pobreza de las vestimentas lo humillan exteriormente y él debe realizar el movimiento inverso para humillarse interiormente y arrepentirse de su pecado.

De lo que contesció a un rey con un su privado

El apólogo relatado por Patronio en el ejemplo I presenta la particularidad de contener más de un engaño, pues “se producen y enlazan tres ficciones sucesivas, cada una generada por la anterior, y la primera explicada en un comentario del narrador”³ (Diz 1981: 404). La primera corresponde a los privados del rey, quienes quieren enemistarlo con su favorito y le hacen creer que éste planea su muerte. La segunda es el engaño que

³ De acuerdo con la definición utilizada en el presente trabajo para el término “engaño”, ficción y engaño funcionan en este contexto como sinónimos, ya que las ficciones de las que habla Diz son secretas y se crean para hacer creer algo a alguien con un fin determinado.

hace el rey a su favorito para probar su fidelidad, ejecutado de acuerdo con las instrucciones de los privados antes mencionados. La tercera es la respuesta del favorito que, inducida por el filósofo cautivo, completa la ficción iniciada por el rey proporcionándole los elementos que precisaba para probar su fidelidad y haciendo fracasar el primer engaño.

En el tercer engaño es donde entra en juego la cuestión de la vestimenta, pues cuando el privado va a desempeñar su papel es crucial el disfraz que viste para dar mayor credibilidad a su palabra. No es suficiente que le confirme al rey que le es fiel diciéndole que está dispuesto realizar el sacrificio de acompañarlo al destierro, es preciso que lo demuestre. Por ello se dispone a actuar su disposición a la partida, con sumo cuidado de los detalles de indumentaria:

luego, aquella noche, fuese raer la cabeça et la barba, et cató una vestidura muy mala et toda apedaçada, tal cual suelen traer estos omnes que andan pidiendo las limosnas andando en sus romerías, et un vordón et unos çapatos rotos et bien ferrados, et metió entre las costuras de aquellos pedaços de su vestidura una gran cuantía de doblas. (107)

En este caso la ropa está utilizada conscientemente por quien desarrolla el engaño, como instrumento para alcanzar el objetivo deseado. Cambiar las ropas no solamente modifica el aspecto sino que acompaña el rol que asume el sujeto: si se está vestido como un romero es porque se va a ir en romería. Ya no es alguien que dice sino que hace. La ropa funciona como un signo tan fuerte que despeja toda posible duda del rey, incluso a pesar de la influencia de los otros consejeros: “Cuando el rey entendió todas aquellas cosas que aquel su privado le dizía, tovo que gelo dizía con lealtad” (108).

Los tres engaños se resuelven entonces a un mismo tiempo: como el rey cree la actuación del privado, éste recupera su confianza y supera la prueba que le había impuesto; simultáneamente a estos dos éxitos, la intriga que se teje al comienzo de la narración fracasa, pues el favorito del rey no cae en la trampa que le tienden, a través del soberano, los otros privados. Logrado el cometido de su engaño, el rey “contól’ [al privado] toda la manera en que cómo oviera a seer engañado et todo aquello le fiziera el rey por le probar.” (108). Ya no es preciso mantener en secreto la prueba y se revela al “engañado”, quien no puede revelar a su vez que ya lo había descifrado, con ayuda del filósofo cautivo, porque al hacerlo perdería fuerza su prueba de fidelidad y el rey podría volver a dudar.

Secreto, engaño y lectura

De acuerdo con lo observado en estos ejemplos, el carácter secreto de las ficciones o engaños es indispensable para que se lleven a cabo con éxito. A excepción del ejemplo I, que como hemos señalado presenta la particularidad de que uno de los tres engaños debe continuar en secreto incluso luego de alcanzar el objetivo, el engaño se puede revelar una vez que la trama resuelve: en el ejemplo XXXII no se devela sino hasta que los burladores han escapado ya con las ganancias de su supuesto trabajo y en el ejemplo LI hasta que el rey soberbio se ha arrepentido completamente de sus pecados y busca la redención.

Siguiendo la línea de análisis de Palafox (1998), se puede interpretar que este carácter secreto funciona como una estrategia didáctica mediante la cual los sabios pueden

enseñar a aquellos poderosos que no se encuentren predispuestos o bien se hayan impedidos de incorporar el saber en cuestión. Así, en el ejemplo I el privado mantiene el secreto para que el rey sepa que es fiel a pesar de las dificultades existentes para que le crea. Si bien no se trata de un rey necio ni reacio al saber, la influencia de los malos consejeros está dificultando su acceso a la verdad y el privado sortea mediante el secreto esta dificultad. En el ejemplo XXXII se presenta una variante del sabio, los hombres inteligentes pero malintencionados llamados burladores, que fundan precisamente en el secreto todo su engaño para aprovecharse del rey. Finalmente, en el ejemplo LI el intercambio entre el rey y el ángel es secreto para que el rey sienta perdida su honra y su reino, de modo que pueda reconocer su soberbia y arrepentirse de sus actos.

Por otra parte, los personajes que quedan mejor posicionados luego de la trampa que se les ha tendido son aquellos que han llegado a comprender a tiempo lo que ocurría (el privado del primer ejemplo y el rey del último). Éste por la gracia de Dios, aquél con ayuda de su conciencia,⁴ ambos alcanzan a realizar una lectura de los acontecimientos y descifrar la verdad. Es por ello que logran desenvolverse exitosamente y no son ridiculizados como el rey del ejemplo XXXII, que ignora hasta último momento que está siendo engañado. Podemos en este punto pensar en los tres tipos de hombres que define don Juan Manuel en el *Libro del caballero et del escudero*: los *omnes sin seso ni recabdo*, como el rey del ejemplo XXXII, que no pueden ver lo que está ocurriendo ni tomar las medidas necesarias para evitar resultar perjudicados por una situación adversa; los *omnes de poco seso*, como el rey del ejemplo LI, que permanecen errados por un tiempo hasta que comprenden la situación en la que están y se enmiendan (en este caso, ante la evidencia del castigo el rey comprende que estaba pecando y se arrepiente); y los *omnes de buen seso*, como el privado del ejemplo I, que percibe rápidamente que le están tendiendo una trampa y acude a su consejero para recibir ayuda y poder salir aventajado de la situación.

Desnudez e inmoralidad

Es interesante observar también el momento del desnudo, ya que no se narra de igual forma en los tres ejemplos considerados. Se encuentra presente en los ejemplos XXXII y LI, en los cuales se destaca la inmoralidad de los poderosos que son engañados, y no es mencionado en el ejemplo I. En este último, quien viste la ropa es un consejero, un hombre inteligente que conoce el sentido que produce su uso y lo aprovecha hábilmente. En el ejemplo LI, el rey queda desnudo y abandonado en el baño, hasta tanto decide vestirse con los harapos dejados por el ángel por ser su única alternativa:

Et teniéndose por muy escarnido, salió del vaño desnuyo, cuidando que fallaría algunos de sus omnes qu’ diesen de vestir. Et desque llegó do él cuidó fallar algunos de los suyos, et non falló ninguno, començó a catar del un cabo et del otro del vaño et non falló a omne del mundo a qui decir una palabra. (340)

En el ejemplo XXXII, otro rey directamente se pasea desnudo por las calles sin siquiera saberlo. En ambos casos su inmoralidad los llevó a la situación de desnudez, el uno por su excesiva soberbia y haber incluso llegado a modificar un canto de Santa María, el otro por su ignorancia y codicia. Podría establecerse una analogía entre la desprotección

⁴ Quien introduce la idea de que el filósofo cautivo representa la conciencia del privado es Daniel Devoto: “el cautivo y el filósofo encerrado en casa no es otra cosa, diría la psicología profunda, que la imagen de ese Patronio interior que es el único en quien debemos confiar” (Devoto 1972: 359).

propia del ignorante o inmoral y la del hombre desnudo. Despojado de sus consejeros y sin valores cristianos, quien no tiene entendimiento queda tan desnudo como un hombre sin ropas.

La situación de desnudez de estos dos personajes podría leerse también como una instancia intermedia de pasaje hacia el saber, de preparación para la redención, la culminación de una etapa de caída. Antes de redimirse y de acceder al saber, son forzados a despojarse de todo lo que llevan: sólo al quedar con su cuerpo desnudo el rey burlado llega finalmente a descubrir que fue engañado; sólo a través del desnudo el rey soberbio se humilla y se habilita el camino del arrepentimiento. No es preciso aclarar que en el ejemplo XXXII no vemos al rey redimirse, pero sí ha alcanzado el punto en que este camino se habilita.

Vinculándolos con el ejemplo XLIX (*De lo que contesció al que echaron en la isla desnuyo cuandol' tomaron el señorío que tenié*), en el que claramente el desnudo remite a la imposibilidad de llevar bienes terrenales al otro lado tras la muerte, estos desnudos se presentan para los dos reyes como una figuración de lo que ocurrirá al morir: quedarán desnudos o apenas tendrán algunos trapos para taparse; las ropas que en este siglo les sirven para revestirse de un estatus social no servirán de nada cuando llegue su hora. Es, por lo mismo, una oportunidad de mejora, de enderezar el camino errado y aprender de lo ocurrido.

Conclusión

En estos ejemplos, las telas, las ropas, las formas de vestir parecen cobrar una importancia incluso superior a la palabra, asumiendo la función de signos. Su presencia indica el origen, status social y fidelidad del portador; su ausencia implica desamparo, desprotección, humillación, pecado, caída. La ausencia de ropa marca al rey necio, el paso por la desnudez y el uso de prendas pobres signan al rey soberbio, las prendas sencillas de romero señalan la fidelidad del portador. Al momento de representar complementan los papeles y las actuaciones, identifican a los personajes, revelan sus cualidades, ocultan su identidad, crean sensación de verdad.

Por todo lo dicho, podemos concluir que la importancia de la ropa en los ejemplos analizados radica en su fuerza simbólica, que le permite ejercer un papel crucial en la conformación del verosímil que posibilita la ejecución de los engaños. Su función es orgánica a la causa de don Juan Manuel, que orienta su obra a la legitimación de sus esquemas de valoración del saber, la moral y el poder regio, que realzan la importancia de que el rey tenga a su lado consejeros sabios y leales entre los que, tal vez, podría llegar a encontrarse él.

Referencias bibliográficas

Devoto, Daniel. *Introducción al estudio de Don Juan Manuel y en particular de “El Conde Lucanor”*: una bibliografía. Madrid: Castalia, 1972, p. 359.

Diz, Marta Ana. “Relato, fabulación, semiosis: la producción de significado en el *Conde Lucanor*”. *Modern Language Notes*, 96. 1981: 403-413.

Palafox, Eloisa. “*Et avn que ellos non lo deseen...*: voz, saber y poder en *El Conde Lucanor*”. En *Las éticas del exemplum*, México: UNAM, 1998, pp. 61-97.

Terracini, Lore. “Los patrones del engaño: Don Juan Manuel y Cervantes”. En Alan Deyermond (ed.), *Historia y crítica de la literatura española*. Edad Media. Primer suplemento, Barcelona: Crítica, 1991, pp. 171-176.

Zamora, María Jesús (ed.) Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*. Madrid: Edaf, 2004.